

**Luis Diego Cuscoy**

*Con Sabino Berthelot*  
**FEJE DE ESCRITOS Y  
PALABRAS**

Santa Cruz de Tenerife  
1981

**Luis Diego Cuscoy**

*Con Sabino Berthelot*  
***FEJE DE ESCRITOS Y  
PALABRAS***

Edición privada

Santa Cruz de Tenerife  
1981

Depósito legal: TF 876.- 1.981

---

Cooperativa Litográfica-San Cristóbal 12 S/C de Tenerife - Canarias

## EL AUTOR CONFIESA

Antes que nada, el autor se siente obligado a confesar que los escritos aquí agrupados, unos fueron antes artículos de periódico y otros se quemaron, sin pena ni gloria, en charlas de ocasión. Por el solo hecho de recogerlos y agruparlos el autor no va a justificarse con expresiones de falsa modestia, aunque sí le importa ponerse a salvo de toda sospecha de vanidad. Al rescatar estos escritos de la aparente fugacidad del periódico y evitar que la palabra ocasional y volandera acabara por perderse en el aire veleidoso, confiesa que lo ha hecho sin que mediara ningún juicio de valor. Ello supondría una consideración, sin duda desmedida, del trabajo. Y no es eso.

El autor se tiene por hombre medido, bastante riguroso consigo mismo y, siempre que puede, procura defenderse contra toda clase de deslumbramientos y espejismos. El autor no ha visto ni ha dejado de ver en sus escritos más de lo que esos escritos contienen, sin buscar razones ni motivos de calidad -como se dijo-, sino más bien de oportunidad y, si se le permite decirlo, de personal o acaso caprichosa complacencia.

El autor tiene prisa en confesar que también existe otra razón, y no pequeña: la sentimental. Pero no deja de reconocer que es razón ciertamente comprometida: no siempre es aconsejable, incluso dentro de los límites de la más estricta honestidad, salir a la calle con los sentimientos al aire.

El autor escribió y habló con motivo del centenario de la muerte de Sabino Berthelot, ahora hace un año. Escritos y palabras tenían una unidad y adolecían de alguna que otra reiteración: así han de quedar, y así se ordenan y así se publican.

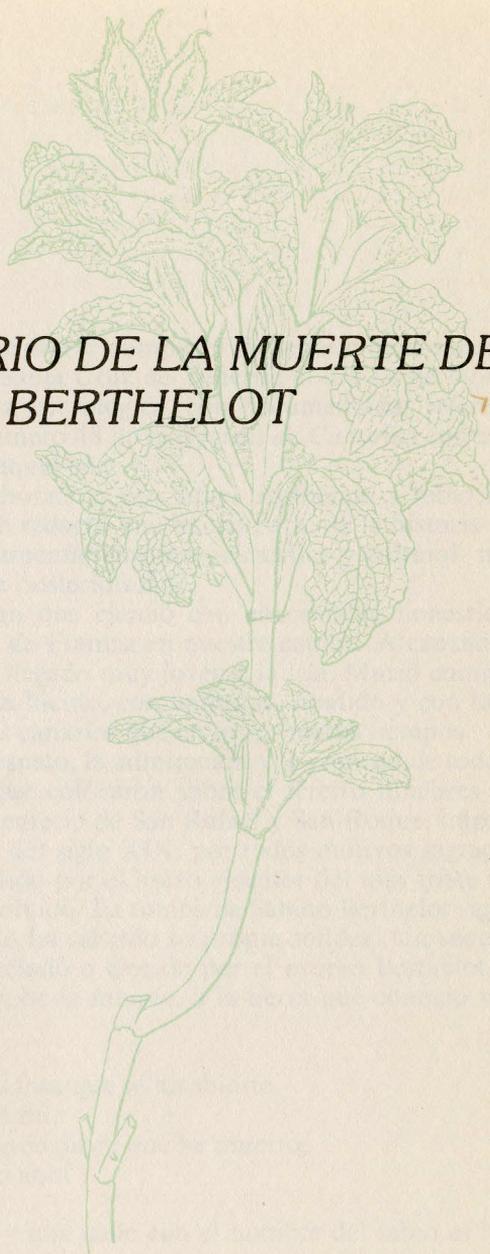
Como le ocurrió a Sabino Berthelot, el autor sintió muy tempranamente, ha sentido y seguirá sintiendo por los pueblos, los campos, las montañas, los litorales y las gentes de la isla una inclinación nunca desviada, una curiosidad nunca distraída y un amor -con perdón- nunca traicionado. Este parvo feje de escritos quiere dejar constancia de ello.

En uno de los capítulos el autor hace parada en la Villa de La Orotava: allí vivió años de asombro ante una naturaleza deslumbrante y confortado con el fino trato de muy buena gente. En la Villa todo es cortesanía y compostura, cualidades que supo ver y encomiar Sabino Berthelot: también él

vivió allí años venturosos y fértiles en amistades, emociones y trabajos. Todo esto merece ser recordado, porque hay marcas que perduran a pesar de los embates del tiempo y de las inevitables mudanzas. Tanto Sabino Berthelot como el autor -salvando las distancias y las medidas-, pudo ver el primero y es testigo vivo el segundo, de qué forma persistían las señales con que a uno y a otro la Villa los había marcado. Por lo menos eso tiene en común el autor con Sabino Berthelot: una fidelidad sin fisuras a las marcas que no se borran.

No parece cosa hacedera, pero lo cierto es que, con un siglo por medio, el último paseo por la Villa lo ha hecho el autor -y de eso puede dar fe- en compañía de Sabino Berthelot. Y eso es todo. *Non nova, sed nove.*

EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE  
SABINO BERTHELOT



De todos es sabido que este año se cumple el centenario de la muerte de Sabino Berthelot. Falleció en Santa Cruz de Tenerife el día 18 de Noviembre de 1880. Una sentida nota necrológica, con documentadas referencias biográficas, se publicó en el número 48 de la *Revista de Canarias* correspondiente al 23 de Noviembre de aquel año.

Nadie ignora que en colaboración con aquel aristócrata y sabio inglés llamado Philippe-Barker Webb redactó una buena parte de la historia natural de las Islas Canarias, monumental empresa -científica y cultural- no superada ni siquiera igualada con posterioridad.

Es seguro que todos sepan que ejerció con encomiable honestidad y gran celo funciones consulares de Francia en nuestra capital. Alcanzado por la ola del romanticismo había llegado muy joven a la isla. Murió cumplidos los ochenta y seis años, todavía lúcido, con ánimo no abatido y con la misma preocupación por los temas canarios que en los primeros tiempos.

Se fue a la tumba con el respeto, la admiración y la gratitud de todos sus contemporáneos y amigos, «que colocaron sobre el féretro fúnebres coronas». Está enterrado en el cementerio de San Rafael y San Roque, impresionante panteón del Santa Cruz del siglo XIX, por todos motivos sagrado recinto hoy bárbaramente destruido por el brazo ejecutor del más triste abandono y del más imperdonable olvido. La tumba de Sabino Berthelot sigue en pie, no por respeto, sino que lo ha salvado su propia solidez. Un sencillo y candoroso epitafio, acaso redactado o elegido por el propio Berthelot, proclama su vinculación, más allá de la muerte, a la tierra que conoció y amó como pocos:

Esta fosa que se ha abierto  
para mí,  
aunque dicen que he muerto,  
vivo aquí.

Nada más que esa tumba y una calle con el nombre del sabio es lo que

queda de aquel personaje inolvidable en este Santa Cruz olvidadizo.

Con motivo del centenario, además de su biografía, redactada por un contemporáneo suyo, Elías Zerolo, se van a publicar tres libros y se va a abrir una exposición bajo el signo de «El tiempo de Berthelot». Uno de los libros llevará por título «Homenaje a Sabino Berthelot». En el mismo se recogen varios trabajos de prestigiosos especialistas referidos a distintos aspectos de la obra y de la vida del escritor, erudito y naturalista, que todo eso, y mucho más fue Berthelot.

«Recuerdos y epistolario», su obra póstuma, ahora en versión española, contiene una valiosa información sobre la isla y una nutrida correspondencia con importantes científicos europeos de algún modo relacionados con Canarias. Con ambos volúmenes y con la organización de la exposición citada contribuye el Instituto de Estudios Canarios a destacar la fecha del centenario.

El tercer libro, cuyo título es «Primera estancia en Tenerife (1820-1830)», es la traducción de la obra que en francés llevaba el título de «Miscellanées canariennes», publicada en París por el editor Bérthune (año 1839), y al igual que el resto de los volúmenes que constituye la Historia Natural de las Islas Canarias, bajo los auspicios del amigo de Berthelot, M. Guizot, a la sazón ministro de Instrucción Pública de Francia. Hoy nos asombra saber que Berthelot dedicó catorce años de su vida en redactar parte de aquella obra y en cuidar de la impecable y hermosa edición de la misma.

El mecenazgo del Ministerio de Instrucción Pública francés fue muy generoso con Canarias. Años después enviaría a René Verneau, especialista en antropología, para estudiar a los cromañoides canarios.

«Primera estancia en Tenerife (1820-1830)», primer libro que S. Berthelot dedica a la isla, está compuesto por una serie de crónicas de temática muy diversa, y hoy es, al mismo tiempo que valioso arsenal de noticias, joya bibliográfica y testimonio gráfico del Tenerife del primer tercio del siglo XIX. Las láminas que ilustran la obra, en número de sesenta, son tanto una fiesta para los ojos como una referencia a la que en todo momento tendremos que acudir para establecer una no reconfortable comparación entre el Tenerife de entonces y el de ahora.

Para ilustrar aquella serie de frescas, directas y a veces apasionadas crónicas, se contó con la colaboración de extraordinarios dibujantes, que supieron recoger en sus cartones, con pasmosa fidelidad, la encantadora estampa urbana de entonces, el paisaje natural, todavía intocado, las formas de vida y los tipos de una isla que hoy nos cuesta imaginar. Mejor, que nos costaría imaginar si no contáramos con estas estampas oreadas por el más fino aire

romántico y dibujadas con los más fieles y sensibles trazos. Participaron en la ejecución de tan notable muestra, Llanta, J.J. Williams, A. Diston y el propio Berthelot, dibujante de mucho mérito, como podrá verse en las láminas por él dibujadas. Pero corresponde a J.J. Williams realizar el mayor y más documentado conjunto de ilustraciones.

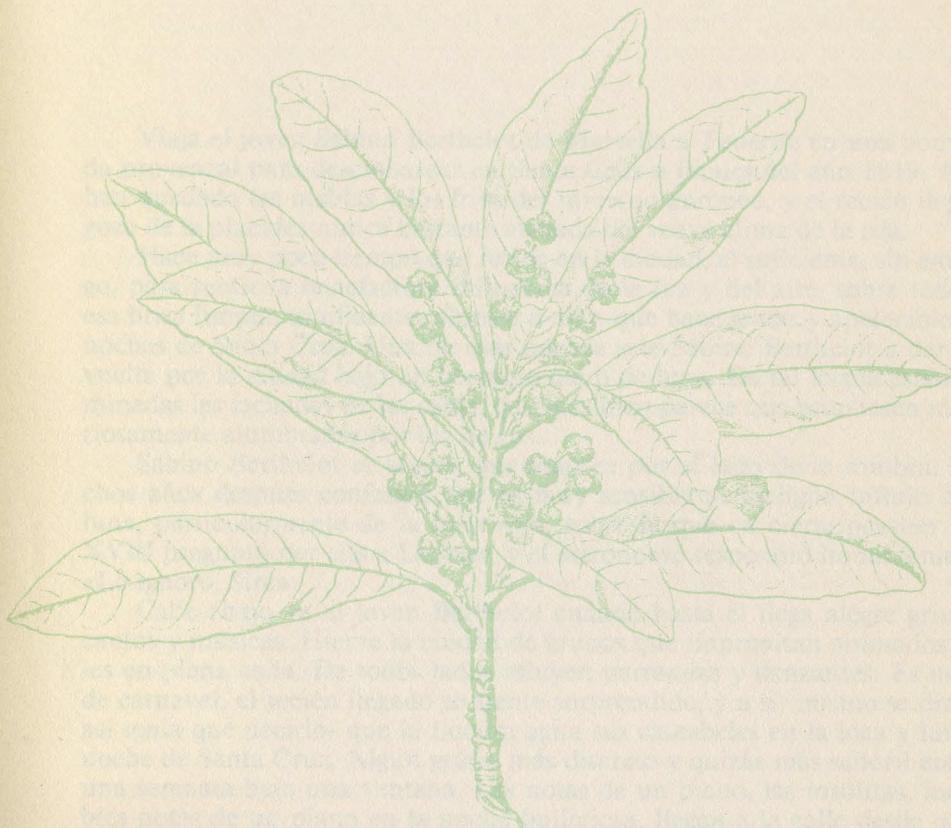
Pero la obra de los dibujantes llega a nosotros de la mano de los litógrafos, que en este caso salvan a un alto nivel su función aparentemente ancilar para convertirse en recreadores de la obra original: A.St. Aulaire, E. Lasalle, E.L. Tirpene, Champin, Léhnert y otros merecen ser recordados, pues ellos hicieron posible que hoy nos recreemos ante tan magistral e impagable obra.

A dibujantes y litógrafos debemos, por consiguiente, estas instantáneas de pueblos y campos, de barrancos y montañas, de grutas y bosques, de ermitas y viviendas rústicas, de catedrales y casas solariegas, de indumentaria, de oficios y ocupaciones domésticas. Al contemplar estas estampas, que no son más que instantes detenidos en el tiempo, con el hombre que anima la plaza del pueblo, se funde a la poderosa geología, se ampara en la exuberancia de la vegetación o se entrega a las faenas de la mar, al contemplar estas estampas, repetimos, es inevitable un sentimiento de profunda nostalgia por tanta belleza y tanta paz perdidas.

Obra de tales merecimientos se publica a expensas del Aula de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife. Fuera de texto se reproducen las sesenta láminas que figuran en la edición francesa. Pero al mismo tiempo se ha hecho una tirada aparte de dichas láminas. Con ello se cubren dos objetivos: contribuir dignamente al homenaje debido a Sabino Berthelot en el centenario de su muerte y a difundir unos documentos en que arte y fidelidad marchan juntos.

Pero aún así eso sólo no bastaría si esta empresa entre sentimental y respetuosa, y también justa, no viniera animada por más altos propósitos. Pueblos, ciudades, bosques y hasta montañas y litorales se nos van de las manos, como si nos hubiese atacado un ciego frenesí destructor. Nada es demasiado, y todo es lícito para tratar de detenerlo, más todavía cuando se hace con altura y una inequívoca preocupación didáctica, aleccionadora, como es el caso de la difusión de la obra y láminas que nos vienen ocupando. Es como un abrir las puertas a la meditación acerca de tantas cosas perdidas -que jamás podrán ser recobradas- y también una invitación a que se conserve, respete y no se dilapide irreflexivamente lo poco que va quedando de nuestro patrimonio histórico y cultural.

*«El Día», Santa Cruz de Tenerife, 5 de Noviembre de 1980*



## CARNAVAL DE SANTA CRUZ/1820

Viaja el joven Sabino Berthelot de Marsella a Tenerife en una bombardera provenzal para desembarcar en Santa Cruz a finales del año 1819. Atrás han quedado las nieblas y los fríos del invierno europeo, y el recién llegado goza de la placidez nunca bastante alabada del suave clima de la isla.

Hace muy poco tiempo que reside en la ciudad, el suficiente, sin embargo, para sentir la benefactora influencia de la luz y del aire, sobre todo de esa brisa limpia, tonificante, olorosa a mar, que hace gratas y apetecibles las noches de Santa Cruz. Una de esas noches sale Sabino Berthelot a dar una vuelta por la ciudad bajo un hermoso claro de luna. De tal forma están iluminadas las fachadas de las casas, que más bien parece que estuviesen misteriosamente alumbradas por luz de gas.

Sabino Berthelot es seguro que marche por el lado de la sombra. Muchos años después confesará que es muy sensible al maligno influjo de la luna, particularmente de la *luna roja*, sobre la que en cierta ocasión Luis XVIII preguntó por ella a Laplace, y el astrónomo respondió humildemente: «Lo ignoro, Sire».

Calle abajo va el joven Berthelot cuando hasta él llega alegre griterío, cantos y músicas. Hierve la ciudad de grupos que improvisan animados bailes en plena calle. De todos lados afluyen parrandas y danzantes. Es noche de carnaval, el recién llegado se siente sorprendido, y a sí mismo se dice -y así tenía que decirlo- que la Locura agita sus cascabeles en la loca y lunada noche de Santa Cruz. Algún grupo más discreto y quizás más señoril entona una serenata bajo una ventana. Las notas de un piano, las insólitas, increíbles notas de un piano en la noche bulliciosa, llegan a la calle desde quién sabe qué estrado con cornucopias y arañas venecianas.

El joven Berthelot adivina, por tantas inequívocas señales como desfilan ante él, que el Gobernador da una fiesta en el Castillo de San Cristóbal. Pasan muchachas enjoyadas y con ricos atuendos, lo más granado, en juventud y hermosura, de Santa Cruz. Allá van los galanes, atraídos por tan irresistible señuelo. En el salón del castillo todo serán ceremoniosas reverencias, galanterías, conversaciones chispeantes, «anhelos amorosos, miradas encendidas». Eso y más dice Berthelot, y si todo eso dice el joven forastero, y por lo que después dirá, lo más seguro es que estuvo presente en el sarao.

Volvamos ahora a la calle del Castillo, que está muy animada. Por esa calle que mira al mar baja una compañía de cómicos improvisados. Calle del Castillo abajo desfilan todos los personajes del *Anfitrión* de Molière, única obra que llevan en repertorio. Ha sido traducida en verso castellano por un poeta de la localidad, y al decir de Berthelot, que asistió a una de las representaciones, la traducción constituye un trabajo muy meritorio.

Cuando llega el carnaval es costumbre que los jóvenes de la ciudad monten dramas o comedias que a lo largo de la noche representan sucesivamente en varios salones. Van disfrazados con viejas indumentarias o se confeccionan otras nuevas, según venga. Años después, ante tanto pasado herumbroso y tanta grandeza deslucida como Berthelot descubre en la Casa Fuerte de Adeje, dirá que nobles armaduras, cotas de malla, trofeos y otros testimonios de un viejo esplendor, acabaron en el carnaval de Santa Cruz para completar el disfraz de alguna máscara.

Con los decorados en alto, la compañía de aficionados desfila por las calles de la alegre ciudad. A la zaga, un grupo de músicos. Como hacía su viejo patrón, Anfitrión es autor —en este caso, traductor en verso castellano— y actor. Al llegar a la plaza, el grupo de faranduleros se encuentra con Berthelot y le invitan a seguirles. El galante francés ofrece el brazo a Alcmena, aunque tal galantería no le sea grata a Júpiter. Va el forastero entre las deidades de la farsa, en una fantasmagórica comitiva bajo la luna, comitiva digna del mismísimo Molière. Retozando marchan en vanguardia Mercurio y la Noche; detrás, Sosias y Cleanthis. Cerrando la marcha, apretada cola de curiosos.

Mercurio parte como mensajero hacia el castillo de San Cristóbal para anunciar la inmediata llegada de la farándula. Ante tal inesperado anuncio se detiene el baile, se hacen a un lado los asistentes, se despeja el salón y, con ayuda de dos granaderos, se levanta el escenario. Otros dos granaderos de la guardia sostienen el tinglado por detrás. Montado y firme el decorado, se inicia la representación. La intriga amorosa de la farsa conmueve a las jóvenes espectadoras, que traducen a lenguaje terreno todo cuanto acontece en las alturas, en los espacios donde moran los dioses. Todo eso parece captar el atento Berthelot.

Terminada la representación, la compañía va en busca de nuevos salones para repetir la farsa. Berthelot les acompaña hasta la cercana plaza mayor. Digamos, antes de seguir, que este francés meridional es un extraordinario fabricante de situaciones. De no ser así, ahora no sabríamos que junto a él pasa un grupo de oficiales de la real marina británica, pertenecientes a la dotación de un navío fondeado en la rada. Han estado en el castillo, y la locuacidad de que hacen gala revela la fuerza y la generosidad del ponche

del Gobernador. Van hablando de ojos negros, de miradas encendidas, de bellezas deslumbrantes. Y a cargo del oficial de mayor graduación corre contar la historia del fracasado ataque de Nelson a la plaza. En ningún lugar mejor para contarla que al pie de los históricos muros del castillo.

El fresco aire de la madrugada acaba por disipar los vapores del ponche del Gobernador. En el embarcadero, una chalupa recoge a los ahora circunspectos oficiales. Ocupan sus asientos según su graduación. Suena el silbato del patrón y a rítmicos golpes de remo la embarcación se aleja. Al desvanecerse en la oscuridad sólo queda el acompasado golpear de la boga, que poco a poco se apaga.

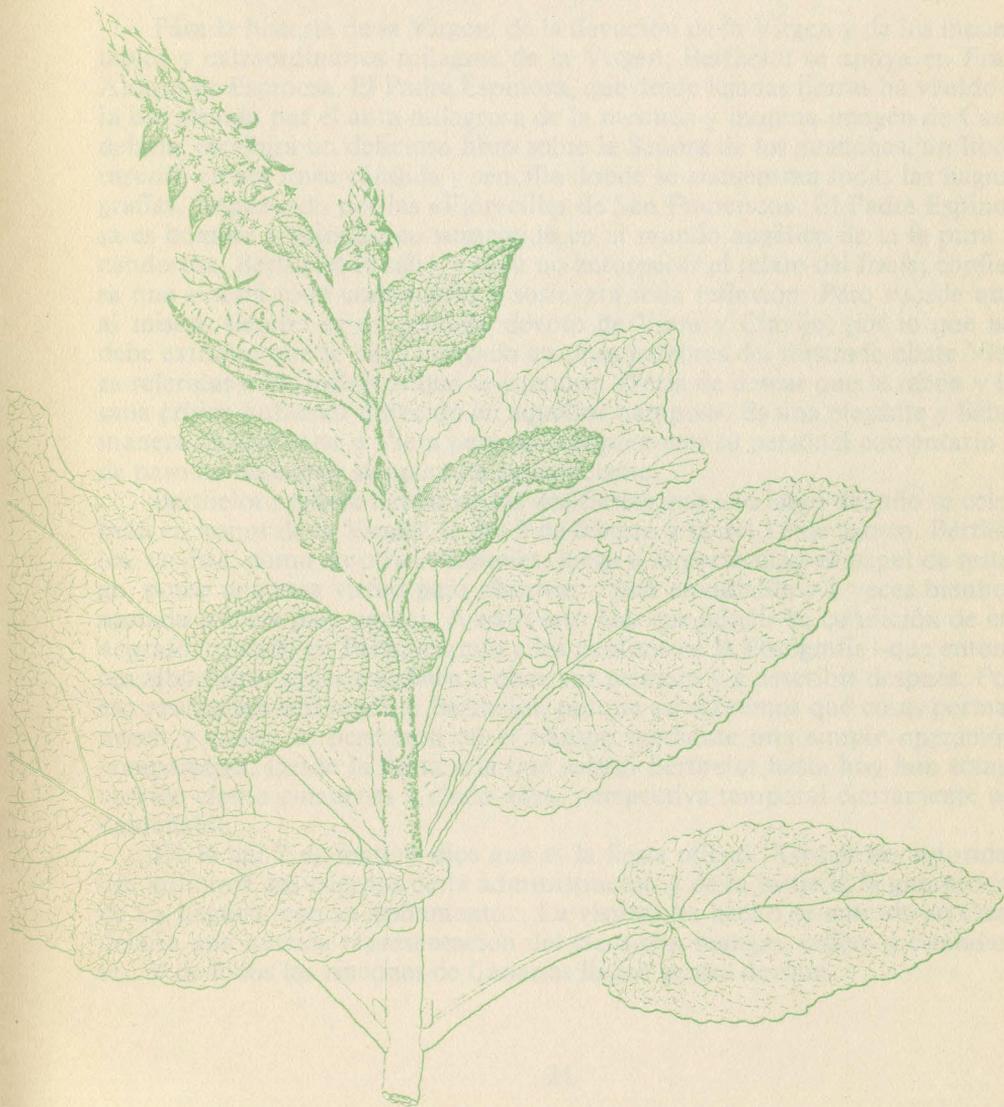
Del reloj de la iglesia vuelan sobre la cansada y exhausta ciudad las cuatro de la madrugada. Pronto abrirá el alba sus cortinas cuando, por la calle del Castillo arriba, marcha Anfitrión al frente de su fatigada comparsa. Saludan al joven Berthelot. La noche de carnaval ha terminado:

- Buenos días, Noche.
- Adiós, Mercurio.

Con tan variados ingredientes compuso Sabino Berthelot su crónica del carnaval de Santa Cruz del año 1820. Era por entonces un apuesto mozo de veintiséis años. Ya viejo, su gusto era dar un paseo hasta la punta del muelle para gozar de la brisa y del olor a mar. Más de una vez recordaría aquella lejana noche de carnaval, disfrutada en una de sus primeras y románticas noches de la isla.

*(«El Día», Santa Cruz de Tenerife, 6 de Noviembre de 1980)*

LAS FIESTAS DE  
CANDELARIA/1825



Para la historia de la Virgen, de la devoción de la Virgen y de los incontables y extraordinarios milagros de la Virgen, Berthelot se apoya en Fray Alonso de Espinosa. El Padre Espinosa, que desde lejanas tierras ha venido a la isla atraído por el aura milagrosa de la menuda y morena imagen de Candelaria, escribirá un delicioso libro sobre la Señora de los guanches, un libro inscrito en esa línea cándida y sencilla donde se encuentran todas las hagiografías, empezando por las «Florejillas de San Francisco». El Padre Espinosa es hombre y eclesiástico sumergido en el mundo angélico de la fe pura y candorosa. Berthelot lo sabe, y para no entorpecer el relato del fraile, confiesa que evitará todo comentario y soslayará toda reflexión. Pero sucede que al mismo tiempo es un rendido devoto de Viera y Clavijo, por lo que no debe extrañar que se haya apoyado en unas palabras del ilustrado abate Viera referidas a los milagros que se cuentan: «Sería de desear que la razón y la sana crítica hubieran florecido en aquellos tiempos». Es una elegante y hábil manera de arrimarse a Viera para no comprometer su personal comentario y de paso no descubrir su aparente agnosticismo.

Berthelot prefiere hablar de las dos fiestas que a lo largo del año se celebran en honor de la Virgen: la del 2 de febrero y la del 15 de agosto. Berthelot, en ésta, como en otras ocasiones, juega a la perfección el papel de testigo, posee una rara virtud para observar y una envidiable y a veces bienhumorada soltura para contar. A todo esto hay que añadir su condición de etnógrafo formado en París, cuando a los neófitos de la Etnografía –que entonces alboreaba– se les enseñaba a observar primero y a describir después. Por eso resulta tan útil seguir a Berthelot, porque así sabremos qué cosas permanecen y cuáles se perdieron en el tiempo mediante una simple operación comparativa. Desde la fiesta a la que asistió Berthelot hasta hoy han transcurrido ciento cincuenta y cinco años, perspectiva temporal ciertamente no desdeñable.

De la del 2 de febrero dice que es la fiesta oficial. Asisten las autoridades militares, los cuerpos de la administración y de la justicia, la guarnición de La Laguna, con su armamento... La víspera ha hecho su entrada en Candelaria una nutrida representación del clero con mangas, cruces y estandartes. Y de todos los rincones de Canarias llegan gentes devotas.

Sin que se refiera a fechas concretas –«en los primeros tiempos», escribe–, los peregrinos comían y dormían en el interior del templo o acampaban en los alrededores. Ahora se han levantado amplios sombreros o cobertizos junto al convento y a su amparo se cobijan los asistentes a las piadosas celebraciones. No se hace referencia alguna a una desbordante y masiva concentración popular en la fiesta del 2 de febrero.

Todo esto se reserva para la del 15 de agosto, «que es más la fiesta del pueblo». La multitud llena toda la playa. Han llegado hasta Candelaria en mulo o en burro, y alguno que otro a lomos de camello, sobre las oscilantes angarillas. Los más devotos, a pie, después de hacer largas caminatas a través de montañas y barranqueras. Los que cumplen promesa se descalzan en la playa, y arrastrándose sobre las rodillas, llegan hasta los pies de la Virgen. Los hombres adornan su sombrero, del que cuelgan cintas rojas y verdes, con la estampa de la Virgen.

El espectáculo impresiona. Berthelot parece captar un espectáculo entre pagano y religioso –hoy nos sorprende que no se hubiera acordado del *beñesmén* de los guanches–, porque estalla el canto popular, ensordecen clamores y ajijides, bulle, exultante, la multitud, caldeada por el sol de agosto. Y al mismo tiempo, procesión y cantos litúrgicos.

El paisaje ayuda. Frontera al santuario, una explanada cruzada por un barranco que desemboca en la playa. Entre la negra playa y el templo, un pequeño castillo; enfrente, una hospedería, y como telón de fondo, una oscura y hermosa estructura de basalto sobre la que se alzan rústicas viviendas.

La Virgen esplende de ropajes dorados y de la más variada y rica joyería: collares de perlas, brazaletes de esmeraldas y rubies; penden de la cintura rosarios de oro con cuentas de pedrería, y sobre la cabeza, corona de oro y diamantes.

Hasta la Virgen llegan los fieles con ofrendas y exvotos. Se bendicen las candelas. El templo está alfombrado de flores y acaso de albahaca, como todavía es costumbre en aquella comarca. La Virgen, revestida con sus más deslumbrantes ropajes –se dice que era menuda y morena–, señorea como una divinidad protectora, tutelar –al decir de Berthelot– desde lo alto de su trono de plata. Y ante ella, a cargo de treinta rudos y fuertes campesinos vestidos con lanudas pieles, tiene lugar la pantomima de la primitiva aparición de la santa imagen sobre las arenas de Chimisay. Y es curioso que en su desarrollo, la representación siga a la letra el relato del Padre Espinosa. Berthelot no pierde detalle del insólito trabajo de los pastores doblados de mimos. Sigue después la procesión por la línea de la playa: «Oh, Virgen de Candelaria, / lúcida entrelas del mar».

«Hace ya trece años que estuve en Candelaria el día de la Asunción»,

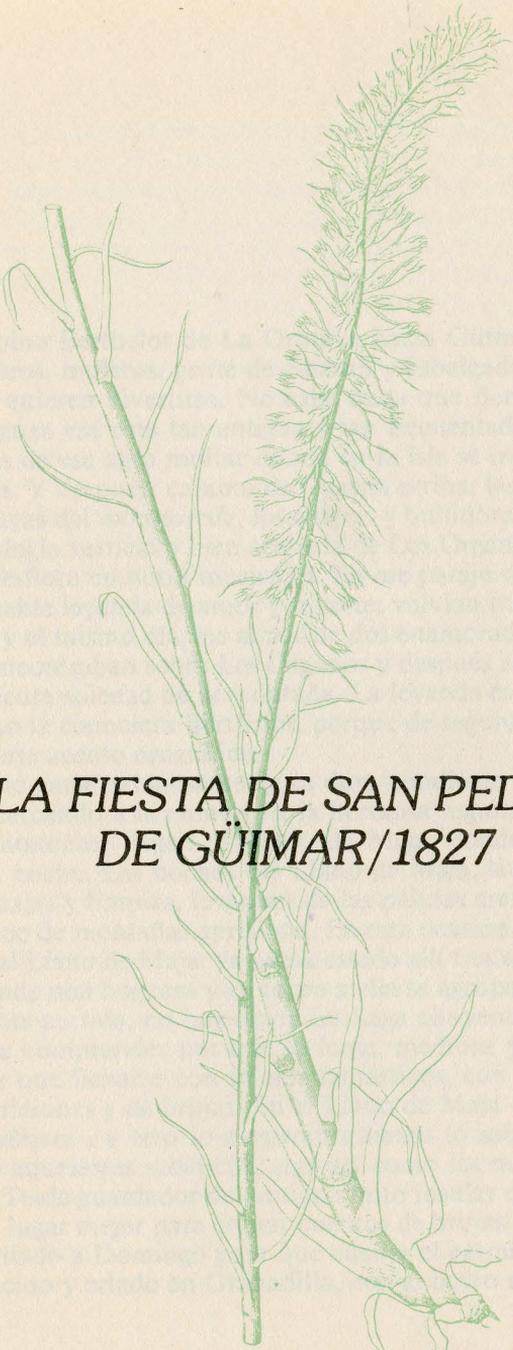
anota Sabino Berthelot. Y añade: «Acababa de asistir a su última fiesta. Al año siguiente, la furia del huracán y una tromba se llevaron a la Señora con todos sus tesoros».

También Homero se distraía, y Berthelot, en este caso, parece haber sufrido una ligera, pero perdonable distracción. El huracán se desencadenó, es cierto, el año 1826, pero en noviembre, justamente el día siete de ese mes. Fue en 1825 cuando el cronista estuvo en Candelaria, lo que quiere decir que en agosto del año siguiente la Virgen estaría presente en su fiesta.

La crónica la escribiría Berthelot en 1838. Entonces vivía en París, cuidando, precisamente, de la edición de su primer libro sobre la isla, que lleva pie de imprenta del año 1839.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces. Hacia los años cincuenta del presente siglo un amago de tromba hizo correr con desusada violencia el cegado barranco que cruza la explanada frontera al santuario. Se llevó el camino que conduce a la Cueva de San Blas con el muro de contención sobre la playa. Se rescató entonces un imperio de oro perteneciente a la corona de la primitiva imagen. Se trabajó en la brecha abierta y se hallaron unas balas de cañón del antiguo fortín, que en 1826 también fue barrido por las aguas, una monedas antiguas de cobre y de plata, una desgastada medalla y unos deslucidos baldosines de mármol blanco. Eso es todo lo que quedaba del rico y deslumbrante tesoro que poseyó la Virgen y del que tan detallada relación dio Sabino Berthelot.

*(«El Día», Santa Cruz de Tenerife, 7 de noviembre de 1980)*



**LA FIESTA DE SAN PEDRO  
DE GÜIMAR/1827**

Parte Sabino Berthelot de La Orotava hacia Güímar con un grupo de romeros: arrieros, muleros, gente de camino y cabalgadas nocturnas que, en esta ocasión, quieren divertirse. No cabe duda que Berthelot sabe elegir su compañía. Siguen esa ruta tan antigua y tan frecuentada de la cumbre. Primero, a través de ese agro mollar donde en la isla se inauguran los cultivos mediterráneos. Y después, camino de Chasna arriba, las espesas frondas, los brezos y las fayas del *monteverde*, los alegres y bulldores nacientes de Aguamansa, la geología vertical y bien acabada de Los Organos donde, de verdad, el viento se desfleca en notas musicales. En ese paraje se situaba una dolorida y emocionante leyenda de amor y muerte: volvían puntualmente al mundo, cada año y el mismo día, las almas de dos enamorados en forma de luces errantes. Se encontraban sobre Los Organos y después acababan por desvanecerse en la oscura soledad de la montaña. La leyenda es larga de contar, y es lástima que no la conociera Berthelot, porque de seguro la hubiera trasladado con un fuerte acento orográfico.

El mulerío gana trabajosamente la dura pendiente de la sierra y poco a poco se va acercando a la cumbre, a la hermosa región de los codesos y las retamas. Al atardecer llegan al Llano de Maja, donde se piensa acampar para pasar la noche. Las noches del Llano de Maja, sin hablar de las estrellas, allí tan bajas y limpias, levantan de las pálidas arenas un aire de misterio que el cerco de montañas aprisiona. En esta ocasión Berthelot vuelve por segunda vez al Llano de Maja: ya había estado allí tres años antes, en 1824.

Se enciende una hoguera y en torno a ella se agrupan los romeros. A pesar de ser gente curtida, no hay quien les haga ahuyentar el miedo, y por lo mismo cuesta comprender por qué la larga, medrosa y helada vigilia de la cumbre tiene que llenarse con relatos fantásticos, con cuentos de almas en pena, de apariciones y de brujas. En el Llano de Maja -que los viejos caberos llaman Májara-, y esto lo aseguran quienes lo saben, se congregan las brujas en los aquelarres sabáticos, algo así como las noches de Walpurgis a la altura del Teide guardador del antiguo mito insular del fuego. Si se piensa bien, ningún lugar mejor para contar cuentos de brujas.

Han invitado a Domingo para que cuente el extraño caso que le pasó a cho Juan, nacido y criado en Granadilla, con el burro negro que tenía. Ade-

más de ese sombrío color, no muy frecuente en burros, era un animal terco, levantisco y burlón, porque encima de todo se reía. Una noche, en la montaña, se enfrentaron amo y burro, éste tumbó al amo, quien acabó por caer en la cuenta de que no era burro lo que tenía, sino al mismísimo diablo; maligno animal que, en un abrir y cerrar de ojos, mudó su figura de maldito asno por la de un macho cabrío de largos y retorcidos cuernos, que desapareció en la montaña. Terminado el cuento, de entre los que escuchan hay alguno que exclama: «¡Ave María Purísima!».

Y entre cuento y cuento llega el amanecer. Las montañas surgen del seno de las nubes debajo de las cuales yace la isla. Y otra vez en marcha hasta que se descubren las tierras del valle oriental. En primer término, Arafo, con un esponjoso cinturón de bosquecillos y una tierna exuberancia de cultivos escalonados.

Berthelot y sus romeros entran en Güimar por calles adornadas con ramas tiernas. La plaza está decorada con guirnaldas y arcos vegetales. A ambos lados de la calle se han plantado arbustillos traídos del monte, con lo que se consigue un efecto de avenidas arboladas, como surgidas de un modo mágico. De los muros de la iglesia y de las fachadas de las casas penden colgaduras con escenas de la vida de San Pedro. A la fragancia de los balsámicos y nobles laureles se mezcla el aroma de los naranjos, perales y melocotoneros.

Por doquier, pórticos vegetales, arcos ornamentados con los más deliciosos productos de la tierra: ramos con naranjas, pámpanos con racimos, ciruelas de pálida piel, los exóticos guayabos de carne color carne y olor a tierras del trópico. De pasada, el visitante dice que también hay concurrida feria de ganado.

Berthelot es un naturalista al que lo mismo conmueve el cráter desmesurado que el minúsculo caracol terrestre; igual la pequeña flor que el gigantesco pino; tanto el ave de rapiña como la curruca de canto melodioso, ave de suavísimos crepúsculos. Imagínese la sorpresa y desazón de Berthelot cuando descubre que de los arcos enramados cuelgan inocentes animalillos: pájaros, conejos, lagartos. Están sujetos a un cordel, adornados con cintas de colores, y se debaten desesperadamente en el aire. Es de sorprender la variedad y belleza de pájaros atrapados y suspendidos: capirotos, canarios, mirlos y tórtolas, todos en un revoloteo inútil y asustado. Berthelot se reserva el comentario, lo que sorprende, conocida su vehemencia de hombre meridional. Solamente dice que todo aquello -animales y plantas- es como un curso completo de historia natural.

Al llegar la noche, las luces de la fiesta dominan el bosque surgido de tan maravillosa manera en calles y plazas. Suena la música y se organiza el

baile: «Y yo tomo parte en ese alegre y animado baile campestre», consigna Berthelot.

Es costumbre que en esos días de fiesta salgan las *tapadas* a la plaza para intrigar a los mozos. El romero de excepción que es Berthelot, se cree en la obligación de aclarar: «Las mujeres de la clase social alta visten como las *tapadas* para asistir a la fiesta y no ser reconocidas». Y precisa que cuando la mantilla blanca va por encima del sombrero, la llevan a modo de sobretodo y con ella se cubren el rostro. Cuando el sombrero va sobre la mantilla, ésta sigue cubriendo el rostro, pero del sombrero penden cintas multicolores.

Finas reposteras son las mujeres de Güímar. Esperan a que llegue la fiesta de San Pedro para confeccionar sus inimitables y dulcísimas quesadillas. Con ellas obsequian a los romeros. Cuando Berthelot recibe el obsequio, el único comentario que hace es que cree encontrarse en Jauja.

No hay fiesta de San Pedro sin luchadas y riñas de gallos. Describe la ropa del luchador, las agarradas y las caídas, el ambiente del terrero y cómo la maña en la luchada le puede a la fuerza.

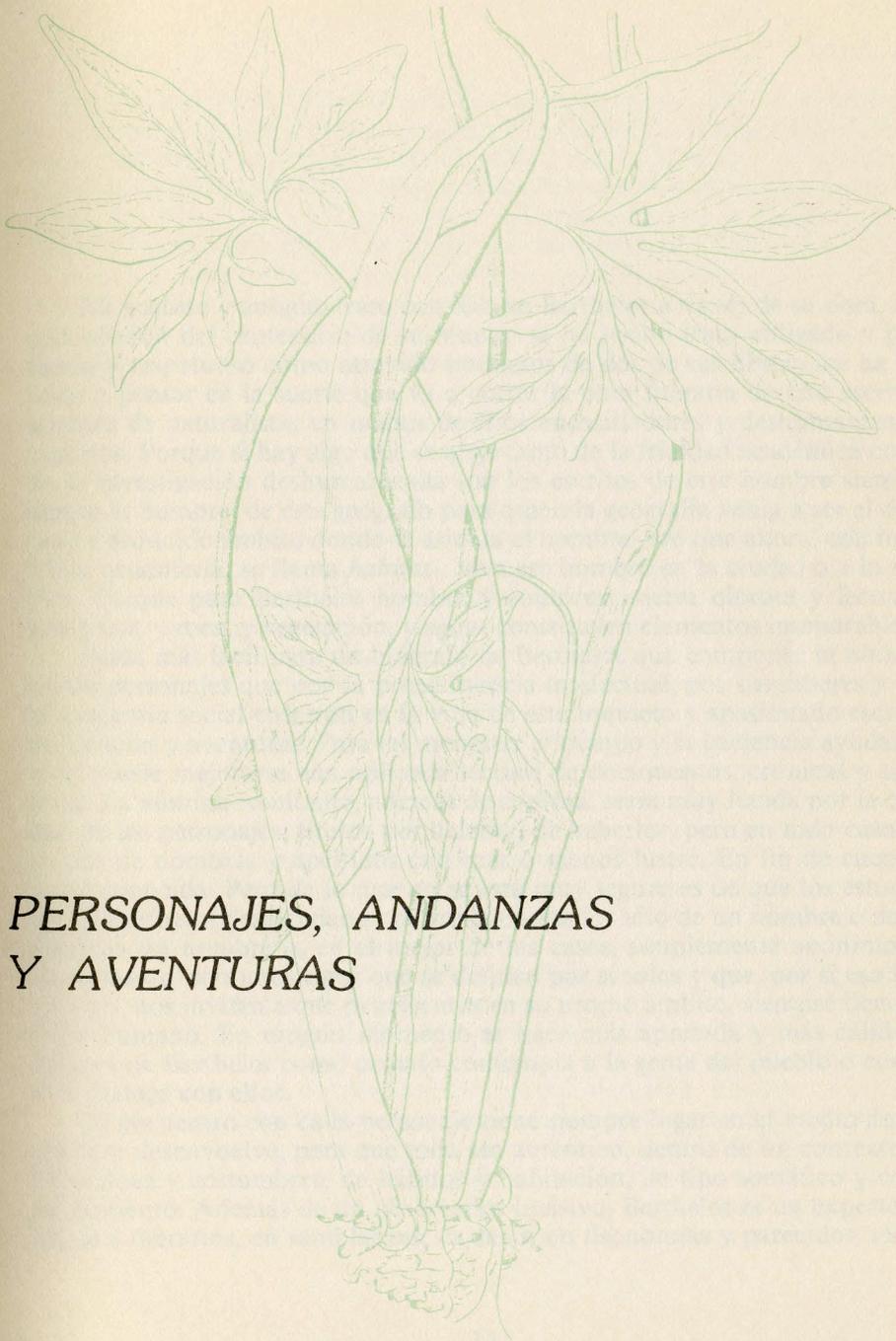
La misma atención presta a las riñas de gallos: informa sobre lo que es una gallera, describe la valla circular para el combate, el papel de los preparadores, el juego de las apuestas. Habla de los gallos *filipinos* y de los de *navaja*, con una nota sobre la forma de fijar las cuchillas a las espuelas recortadas. Ambiente, público, con personajes a destacar, como un marqués de La Orotava, que ha venido con su gallo, y un gordo prebendado que pone a pelear el suyo.

Vista y gozada, y también por parte de Berthelot anotada la fiesta, los romeros procedentes de La Orotava regresan al Valle por el camino de la cumbre, difícil ruta que tan bien conocen.

Hasta última hora no nos dice Berthelot que a la fiesta de San Pedro le acompañó su fiel criado Juan el Herreño.

Con éste regresa a La Orotava por los caminos de La Esperanza. Al cruzar Los Rodeos, poblado de pájaros, Berthelot aprovecha la ocasión para demostrar lo mucho que sabe de ornitología. Después de pernoctar en La Matanza, otra vez a la vieja mansión solariega que en la Villa le sirve de vivienda. Allí guarda sus papeles, su biblioteca y su valioso herbario. Biblioteca, papeles y herbario que se llevó la trampa sin que sepamos cómo.

(«El Día», Santa Cruz de Tenerife, 8 de Noviembre de 1980)



**PERSONAJES, ANDANZAS  
Y AVENTURAS**

Mi gustoso y antiguo trato con Sabino Berthelot a través de su obra, que con ocasión del centenario de su muerte se ha hecho trato obligado y profundo y respetuoso como atrevido traductor de dos de sus libros, me ha llevado a pensar en la suerte que va a correr la obra literaria de este escritor, además de naturalista, en manos de fríos encasilladores y deshumanizados eruditos. Porque si hay algo que se aleje tanto de la frialdad académica como de la investigación deshumanizada son los escritos de este hombre siempre atento al hombre, de este geógrafo para quien la geografía venía a ser el dilatado o reducido ámbito donde se asienta el hombre -eso que ahora, con insufrible pedantería, se llama *habitat*-, viva ese hombre en la ciudad o a lo rústico. Porque para Berthelot hombre y contorno -tierra olorosa y fecunda, aire y luz, y roca, y vegetación, y agua- constituyen elementos inseparables.

Nada más fácil para un biógrafo de Berthelot que componer la nómina de los personajes que por su preeminencia intelectual, por sus saberes y por su categoría social entraron en la vida de este inquieto y apasionado escritor de ciencias y aventuras. Para tal menester el tiempo y la paciencia ayudan, y todo puede mejorarse con aplicada lectura de documentos, crónicas y epístolas. La nómina resultante, además de copiosa, sería muy lucida por la calidad de los personajes, títulos por delante, de haberlos, pero en todo caso seguidos de nombres y apellidos con más o menos lustre. En fin de cuentas, gente conocida. Pero de lo que no se está muy seguro es de que los estudiosos de Berthelot descendan al personaje portador sólo de un nombre o de un apellido sin nombre o, en el mejor de los casos, simplemente anónimo. Y sin embargo, son unos tipos que se definen por sí solos y que, por si eso fuera poco, nos invitan a que penetremos en su propio ámbito, siempre lleno de calor humano. En ningún momento se hace más apretada y más cálida la palabra de Berthelot como cuando contempla a la gente del pueblo o convive o dialoga con ellos.

El encuentro con cada personaje tiene siempre lugar en el medio donde aquél se desenvuelve, para que todo sea auténtico, dentro de un contexto de naturaleza y costumbres, de hábitos y habitación, de tipo somático y comportamiento. Además de un observador incisivo, Berthelot es un experto en retratos literarios, en semblanzas, es decir, en fisonomías y parecidos, técni-

ca que le viene dada por sus grandes conocimientos en artes plásticas y por sus probadas dotes de dibujante. Tanto en lo literario como en lo gráfico quedan buenos testimonios en su *Miscellanées canariennes*, que con el título español de *Primera estancia en Tenerife (1820-1830)* nos toca presentar hoy.

Por consiguiente, es momento oportuno para hablar de alguno de esos personajes anónimos, o con sólo el nombre o simplemente conocidos por el apellido. Y al primero que se me ocurre traer es al viejo Manrique, alcalde pedáneo de Taganana. Tiene mucho cuidado Berthelot en situar a Manrique dentro de aquella hermosa geografía. El terreno es fértil, hay bosques y abunda el agua. Es un alboroto la geología. La vegetación silvestre juega armoniosamente con los cultivos en terrazas. Grupos de viviendas o rústicas edificaciones salpican de blanco las laderas. Alternan barrancos y altozanos. Todo ese conjunto, sobre todo ese bosque y ese agro, hubiesen sido gratos a Virgilio, a quien tan fiel le es Berthelot.

Nuestro naturalista va recomendado al viejo Manrique. El viejo Manrique es un personaje galdosiano, de episodio nacional: combatió en la Guerra de la Independencia, fue hecho prisionera en la batalla de Albuera, internado en Francia y depositado en las bocas del Ródano. Después navegó por esos mares de Dios. Cuando se entera que Berthelot es francés, lo acoge calurosamente, y al hablar de Francia exclama: «¡Válgame Dios, qué tierra!». Buena ocasión para que Manrique hable de un prisionero francés, marino, de los de Trafalgar, personaje que anduvo por Taganana y aplicó su pericia como ebanista en el mejor ornato de la iglesia del lugar.

El alcalde es guía en sus tierras, anfitrión en su casa, buen administrador de justicia, obsequioso, locuaz y generoso proveedor de viajeros. Su fuerte personalidad entona con la recia geografía que le rodea.

Acaso una de las páginas más llena de vivacidad y realismo es aquella en que Berthelot cuenta su llegada a la Punta del Hidalgo en compañía del cónsul de su majestad británica, Mr. Macgregor. Llegan al anochecer y los encaminan a la casa del alcalde pedáneo de la Punta. En ese instante el alcalde, en compañía de tres compadres suyos, se dispone a sentarse a la mesa, porque la cena está dispuesta. El recibimiento a los recién llegados es frío y reticente. Quizás no tanto por la extraña forma en que vienen vestidos, sino porque son portadores de escopetas. Berthelot suele abatir aves para su clasificación y estudio. Y aparte del aspecto, acaso el alcalde tema que la cena sufra mermas de participar en ella los recién llegados. El alcalde interroga al guía sobre las intenciones de los no esperados visitantes. El cónsul, Mr. Macgregor, se da cuenta de la situación y muestra al alcalde el salvoconducto de que son portadores. El alcalde da vueltas al papel entre las manos.

Después lo devuelve para que se lo lean. El alcalde pedáneo de la Punta del Hidalgo no sabe leer. Mr. Macgregor inicia la lectura: «Don Teodoro Uriarte, Brigadier de los ejércitos del Rey y Comandante General de Canarias...». En este punto el alcalde se descubre respetuosamente y los tres compadres se ponen de pie. Aclarada la situación todos se sientan a la mesa. La moza Gertrudis, exuberante, reidora, de cabellos negros y rizados sirve la cena: gofio, papas y pescado salado, todo ensopado en un mojo infernal aliñado con vinagre, pimientas, ajos y cilantro. Berthelot lo toma con las papas y el pescado y cuenta que su paladar quedó como electrizado. Mr. Macgregor se abstiene. Después vienen los postres: higos de leche frescos con gofio, ñame con melaza, queso de leche de cabra, algún plátano y unos deliciosos pastelillos endulzados con miel. Todo esto regado con buen vino y, para rematar, una botella de ron.

Llega la hora de acostarse. Una cortina de indiana a la puerta sin puerta de la alcoba. La cama de matrimonio es gigantesca, de madera torneada y con colgantes de tejido de Flandes. El jergón tiene más de seis pies de ancho. Hay un cobertor y encima una colcha tejida en el lugar, tan rígida que se diría hecha con pasta de cartón. Berthelot y Macgregor se acuestan vestidos, uno a lo largo y otro de través en aquella desmesurada cama donde duermen el alcalde y la alcaldesa de la Punta del Hidalgo.

Como puede verse, Berthelot ordena rigurosamente el relato y desarrolla, en una serie de secuencias, toda la peripecia de la situación: el camino para llegar a la Punta, la arquitectura doméstica, los personajes -alcalde, alcaldesa, los tres compadres, Gertrudis, la familia, el guía-, el orden en que se sientan a la mesa, los elementos que componen la cena, incluidos los postres. Después, la alcoba, las características del mobiliario, de la ropa de cama, etc. Es indudable el valor etnográfico de esta página, y a la fidelidad y realismo del relato hay que añadir la pulcritud literaria y la gracia con que está resuelto.

Sabino Berthelot conoció y fue amigo y hésped de muchos curas de pueblo: curas de Buenavista, de Vilaflor o Chasna, de Tejina, de Tegueste. A la vista de lo bien que se llevaba con los curas no sería aventurado asegurar que su anticlericalismo era más una actitud o un fingimiento que un sentimiento, porque pocas páginas más llenas de comprensión, acaso de ternura y al mismo tiempo de sereno y objetivo análisis, que las escritas por Berthelot en elogio de los curas de almas, que cuando las circunstancias lo exigían también los eran del cuerpo. Para este sencillo naturalista el cura es un elemento clave en la estructura de la sociedad rural del primer tercio del siglo XIX. Quiere ello decir que un estudio de esa sociedad quedaría incompleto si se prescindiera de personaje de tanto relieve.

Como hace cada vez que usa el personaje a modo de símbolo, lo sitúa en un primer plano, pero nos lo presenta sin nombre ni apellidos. Así, no sabemos cómo se llaman los curas de Berthelot. Habla de ellos sin ocultar sus virtudes, pero tampoco trata de silenciar pequeños defectos y vanidades, porque la misión espiritual no excluye lo que no pasan de ser menudas, no graves debilidades humanas: un buen vaso de vino con una buena comida, una conversación sobre política, algo de chismorreo y, sobre todo, de curiosidad por la noticia reciente, de que puede ser portador el forastero, noticia que tanto se desea conocer en el aislamiento del campo o de la montaña.

Se puede tomar como ejemplo un cura, el de Vilaflor. Este cura acompaña a Berthelot y a Webb en una penosa herborización por las cumbres que ponen cerco a Las Cañadas del Teide. El cura de Chasna, al decir de Berthelot, tiene una constitución antibotánica: abultado abdomen y piernas cortas, dos rasgos que son suficientes para darnos cuenta del tipo somático del buen sacerdote. A pesar de ello no rehúye el riesgo y herboriza temerariamente, para susto de los dos botánicos, en el Pico del Almendro. Escalan El Sombrerito, y sentados en la cima, llega dulcificado por la distancia el toque de la campana de la iglesia. El cura se siente orgulloso y no disimula su emoción cuando dice que nunca iglesia alguna se levantó en lugar más hermoso que Vilaflor. Y entonces se pone a contar la bellísima leyenda -que para él es historia verdadera- de los trágicos amores del castellano Pedro de Bracamonte y de una indomable, arisca y agraciada doncella guanche. El castellano pierde la razón y, en su desvarío, dice *¡Vi-la-flor!* al referirse a la indígena; y del delirio de un enamorado, porque así lo cree el cura de Chasna, le viene el nombre al pueblo. El cura de Chasna se conmueve piadosamente ante el tristísimo final del castellano. El cura de Chasna ha instituido una misa en sufragio del alma de Bracamonte para que encuentre en el cielo la paz de espíritu y la tranquilidad de corazón que no encontró en la tierra. El cura de Chasna debe de ser uno de los pocos curas, acaso el único, que vela por la paz y el descanso eterno de una atormentada y evanescente sombra de leyenda.

Tampoco Chasna, ahora Vilaflor, acabaría de entenderse sin este cura tan hecho a la tierra y a la alta y soliviantada topografía con la que se siente unido y busca su contacto y proximidad a pesar de sus aparentes, y como se ha visto, engañosas limitaciones físicas. Tampoco puede desasirse de un pasado, de una progenie, de una brumosa historia por muy teñida de leyenda que llegue, como ocurre con los desventurados amores del castellano Bracamonte y de la bella indígena, a la que sólo alcanzó a ver huyendo, perdida después, y jamás recobrada, entre los pinares y el volcán.

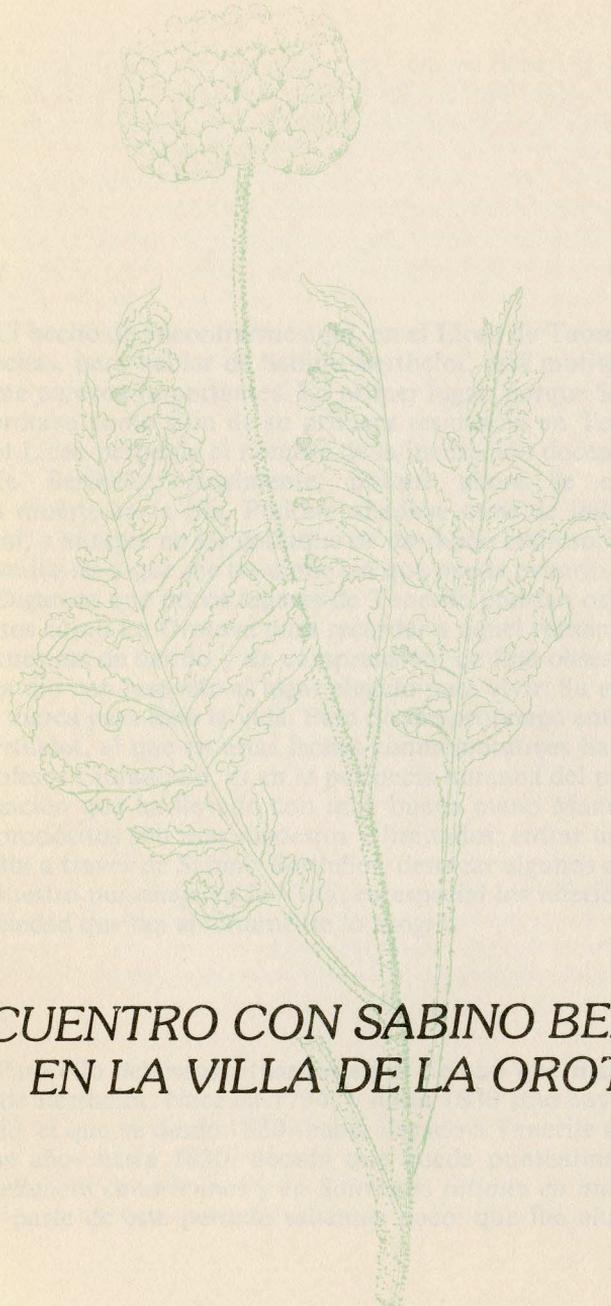
Berthelot confiesa sentir mucho respeto por el difunto castellano, por

me entenderá directamente».

El traductor de tan importante obra se ha esforzado por ser fiel tanto al espíritu como a la letra del autor, a veces más a lo primero que a lo segundo. El estilo de Berthelot es diáfano y siempre rigurosamente ceñido al pensamiento. En este sentido es un clásico. También es rigurosa su técnica: «Borro, corrijo, rectifico, intercalo, releo lo escrito y vuelvo a corregir». Así, y por vía de ejemplo, en vez de extenderse en largos párrafos para hablarnos de la precocidad con que se presenta el estío, solamente dice: «Ya se ha segado la cebada».

La compañía de Sabino Berthelot es siempre gratificadora. Para terminar me gustaría decir, aunque cambiando las palabras, lo que él solía decir de su gran amigo el naturalista Charles Bolle: «Es el alemán más francés que conozco». Creo que para todos Berthelot debe ser el francés más canario que hemos conocido.

*(Leído en el acto de homenaje a Sabino Berthelot en el Cabildo Insular de Tenerife el día 26 de Noviembre de 1980).*



**ENCUENTRO CON SABINO BERTHELOT  
EN LA VILLA DE LA OROTAVA**

1

El hecho de encontrarme aquí, en el Liceo de Taoro de La Villa y en estas fechas, para hablar de Sabino Berthelot, está motivado por tres razones que me parecen importantes. En primer lugar, porque Sabino Berthelot elige La Orotava como sitio de su primera residencia en Tenerife: después, porque el Liceo perpetúa el nombre de la institución docente creada aquí por el propio Berthelot; finalmente, porque ahora se cumplen cien años de su muerte en la isla. Podrían añadirse otras de índole personal y sentimental, y aunque no las destaque de un modo expreso, sospecho que no podré ocultarlas y que me traicione sin que pueda evitarlo.

Digamos que pocos lugares de Tenerife podrían ostentar tantos merecimientos como La Orotava para recordar a aquel romántico erudito que tantas muestras de cariño y de comprensión, de fina observación y de agudeza crítica dio con respecto al lugar elegido para vivir. Su estancia en La Orotava lo marca para toda la vida. Pero no me propongo entrar en la biografía de S. Berthelot, al que en estas fechas conmemorativas ha dedicado un trabajo el profesor Cioranescu, ni en la peripecia humana del personaje en La Villa, indagación que ha llevado con muy buena mano Manuel Rodríguez Mesa. Mis propósitos son más modestos y limitados: entrar un poco en la vida de la Villa a través de Sabino Berthelot, destacar algunos de los aspectos vistos por nuestro personaje en la Villa, en especial los referidos a la estructura de la sociedad que tan abiertamente lo acogió.

2

Para ello debemos situarnos en el tiempo que fija las tres etapas de la vida de Berthelot. Nace en 1794, y hasta 1830 sólo hay un período bien conocido, el que va desde 1820 -había llegado a Tenerife a principios de Enero de ese año- hasta 1830, década que queda puntualmente recogida en sus *Miscellanées canariennes* y en *Souvenirs íntimes eu miscellanées*. De la primera parte de este período sabemos poco: que fue alumno de un liceo de

Marsella, ciudad donde había nacido, que sirvió en la marina imperial, y que más tarde navegó y viajó por las Antillas. Es probable que en el curso de esos viajes hiciera escala en Tenerife, circunstancia que muy bien pudo influir en su decisión de elegir la isla como lugar de residencia.

La segunda etapa va desde 1830 a 1847. Durante ese tiempo reside en Francia y viaja por Europa. Catorce años los dedica a la redacción y edición de la *Historia Natural de las Islas Canarias*, escrita en colaboración con Webb, y tres a viajar por el Mediterráneo en misión oficial para el estudio de las pesquerías. El resultado de esta investigación quedaría recogido en tres libros: *Études sur les pêches maritimes dans la Méditerranée et l'Océan (1868)*, *Oiseaux voyageurs et Poissons de passage. Étude comparée d'organisme, de moeurs et d'instinct (T.I, 1875, T.II, 1876)* y *Vitalité des mers (1878)*.

La tercera y última etapa comprende desde 1847, año en que viene a Tenerife como vice-consul de Francia en Canarias, hasta 1880, el de su muerte en Santa Cruz de Tenerife.

Su vinculación con la Villa hay que situarla en el segundo período de la primera etapa. Coincide con sus primeros trabajos de naturalista en la isla. Su encuentro en 1827 con Webb es decisivo. Aquí trabajan juntos hasta 1830, año en que ambos regresan a Europa. Del paso de Webb por La Villa queda un bello testimonio en las piezas arqueológicas que dona al Ayuntamiento, donación que va acompañada con una carta que ha descubierto Manuel Rodríguez Mesa.

### 3

Pero Berthelot ha sido un desconocido: pocas veces por el nombre se llegaba a la dimensión del hombre y al alcance de la obra. Ha sido bien conocido de los naturalistas como uno de los autores de la primera *Historia Natural de las Islas Canarias*. Lo han frecuentado los estudiosos del pasado prehispánico de Canarias debido a su *Etnografía* y a las *Antiquités canariennes*. Sin embargo, las animadas crónicas contenidas en su primera obra eran prácticamente desconocidas. Ahora, con motivo del centenario, se publica con el título de *Primera estancia en Tenerife*, libro que precisamente motiva este acto de presentación. Casi ignorada era su obra póstuma *Souvenirs...*, cuya versión española acaba de salir, y que lleva por título *Recuerdos y epistolario*. La edición francesa de las *Misceláneas* se publicó en 1839, la *Etnografía* en 1842, las *Antigüedades* en 1879 y los *Recuerdos* en 1883, tres años después de la muerte de Berthelot. Esta última obra contiene referencias a la

vida insular desde 1820 a 1880.

Las *Misceláneas* son el prelude de lo que va a ser la obra total de Berthelot en lo literario y científico; la *Etnografía*, su personal y apasionada visión del mundo canario primitivo, y sus *Antigüedades*, el canto de cisne del hombre que dedicó lo mejor y más extenso de su vida a los estudios canarios. Sus últimas cartas a los sabios europeos y a los eruditos del archipiélago están fechadas en 1880, algunas muy poco antes de morir, y el tema es en todas el mismo: el problema del primer poblamiento de las islas y de sus viejas culturas.

Las *Misceláneas* y la *Etnografía* están incluídas como obras independientes dentro de los diez volúmenes que componen la *Historia Natural*. Si recordamos que el mismo Berthelot confiesa que es autor de seis volúmenes y que Webb sólo estuvo en las islas desde 1827 a 1830, habrá que pensar que al naturalista inglés le estaría reservado gran parte del trabajo de clasificar y descubrir las especies en un transparente y armonioso latín linneano. Es presumible que Berthelot pusiera a disposición de Webb su gran experiencia y conocimiento del país y su valioso herbario reunido y conservado en su casa de La Orotava.

#### 4

¿Dónde y cómo adquirió Berthelot tantos conocimientos? No lo dice, que siempre fue muy avaro de su intimidad y poco inclinado a hablar de sí mismo. Tiene cinco años cuando la toma de La Bastilla (1789), ocho durante el Consulado (1802), diez al proclamarse el Imperio (1804), en cuya marina sirvió entre 1809 y 1812, de los quince a los dieciocho años.

Cuando llega a Tenerife y se instala en La Orotava tiene veintiseis años. Sus primeras excursiones botánicas las realiza en el interior del Valle. Pero ese trabajo de investigación no se puede hacer si no se cuenta con un buen lastre científico. Todo hace pensar en un autodidacta extraordinariamente dotado. No tuvo títulos universitarios de exhibir, sí muchos logrados sólo por sus merecimientos y, sobre todo, una extraordinaria obra hecha. Su implantación en lo literario, filosófico y científico va desde la Ilustración al Positivismo, aunque tendríamos que convenir en que fue un fiel y perseverante romántico.

Enemigo del poder absoluto, ferviente republicano, creyente en las virtudes del pueblo y apasionado defensor de la libertad, estima que sólo por la vía del saber, por la frecuentación de las ciencias y de las artes se han de redimir los pueblos. Y si su pregonado anticlericalismo no le impide tener

buena amistad con los curas, tampoco rehuye el trato con la gente principal, ya sea del dinero o de la sangre. Hoy diríamos de Berthelot que respondía al prototipo del hombre liberal.

5

La impresión inmediata que se saca de la lectura de las primeras crónicas que componen las *Misceláneas*, es que Sabino Berthelot se proponía escribir un libro de viajes. Ya he dicho en otro lugar que si por lo que a la naturaleza se refiere las islas ofrecieron al joven europeo un mundo extraño y distinto, no así en lo humano: isla sin indígenas, *sensu stricto*, sino todo lo contrario: una sociedad de talante y cultura europeos trastorna y desbarata las ideas previas del viajero. También he dicho que a falta del indígena vivo adopta al guanche muerto. Acaso esté aquí la clave del indigenismo exaltado de Berthelot, un indigenismo a veces irracional, pero que necesita para combatir al conquistador, que devasta países hasta entonces intocados y diezma poblaciones arcádicas e inocentes.

El paisaje natural del Valle deleita al viajero, que se queda aquí como para descansar. Sus más dilectas compañías son Virgilio y el Tasso, y con citas de ambos ilustra sus andanzas a través de esta réplica del soñado mundo de Armida o del Tempé clásico, valle de la Tesalia tendido entre el monte Olimpo y el río Ossa, tan celebrado por Virgilio y al que parece copiar el Valle de La Orotava, «que sustenta en el campo la yerba, en la yerba las flores, en las flores el perfume y en los árboles el follaje perenne», como había cantado Tasso.

Junto a los cimientos poéticos, la referencia geográfica y ambiental: el cielo es diáfano, el aire es transparente y reconfortante, las montañas son elevadas, el mar es infinito, nunca se rompe la armonía de las grandes masas, la vegetación es exuberante, las formas se derraman en un a veces delirante colorido. Pero con todo, por primera vez, y con rara precisión, hace Berthelot la correcta delimitación de los tres niveles climáticos y vegetales de la isla: costera, media y alta.

Y en el centro del Valle al que delimitan las laderas de Santa Ursula por el este y el baluarte de Tigaiga por el oeste, entre el esplendor de los viñedos, La Villa.

Las referencias de Sabino Berthelot al Valle y a La Villa se encuentran en los capítulos V, VI y IX de sus *Misceláneas*. Por ellas sabemos que la primera vez que penetra en el Valle lo hace por la habitual ruta del este, bajo bosques de castaños. Su entrada en La Villa coincide con el atardecer, cuando todo el Valle sucumbe a la magia de las luces crepusculares.

El capítulo VI es una buena fuente para conocer La Orotava del primer tercio del siglo XIX. El IX está dedicado al huracán del año 1826: es una crónica en que recoge la información que desde La Villa le envía su compatriota Elexandre P. Auber. En esta ocasión Berthelot se encuentra en Santa Cruz. Sabemos que el barrio de El Calvario fue casi arrasado, que el de Ququirá sufrió un devastador castigo, con muchas muertes, y que el barranco de Tafuriaste quedó cegado desde su nacimiento hasta su desembocadura. También en esta ocasión, para dar idea de la magnitud de la catástrofe, recurre a unos versos de Virgilio: «Se llenan las fosas y los profundos ríos se hinchan con fragor y el mar hierve en los canales que resoplan».

Encontramos más referencias a La Villa en su correspondencia: una carta dirigida al naturalista alemán Karl Bolle, en Berlín (1853) y otra a Charles Caffin, que reside en La Orotava (1858) ambas expedidas desde Santa Cruz. Hablaremos de estas dos cartas más adelante.

Tanto a través de esas crónicas como por el contenido de algunas de sus cartas se llega a saber bastante de la vida orotavense de aquel tiempo: hay muchos temas y cuestiones que ordenados provisionalmente podrían quedar así: residencia, trabajos y amigos de Sabino Berthelot, economía, agricultura, comercio, el trabajo y las profesiones, la topografía y las dos villas, sociedad y ambiente, vida religiosa, fiestas tradicionales... Sabino Berthelot se instala en la casa solariega de Franchy, mansión medio arruinada por el tiempo y los pleitos. Ocupa la parte mejor conservada. La vieja mansión es sólo una sombra de su antiguo esplendor: el jardín se ha convertido en un rincón melancólico, borradas las antes recortadas avenidas por la desordenada espesura de los arrayanes; naranjos, limoneros, cipreses y palmeras que en su abandono tratan de escapar de la opresión de las espesas zarzas y de las ortigas salvajes. Hasta esos melancólicos jardines llegan los efluvios del mar y baja el aire puro de la montaña. Pero desde allí abarca Berthelot el Valle en toda su extensión, y sin alejarse de su residencia puede descansar a la sombra del secular drago totémico, ya herido, pero que convoca en torno a su inmenso tronco a artistas que lo copian y naturalistas atónitos que lo estudian.

Vive Sabino Berthelot en compañía de su fiel criado Juan el Herreño, que toca en una mala guitarra el tango de su isla. Las noches del vetusto ca-

serón de Franchy están sobresaltadas por el merodeo de las ratas y el embate del viento que se cuele por los tejados y por el viejo y desajustado maderamen.

El hecho de vivir en el barrio de la Concepción le pone en relación con familias distinguidas, con los Machado y los García. Se siente muy a gusto entre ellos: «No he encontrado en ningún otro sitio tanta benevolencia, ni una sociedad más amable, más obsequiosa y de más fino comportamiento».

Al referirse a la fundación del Liceo escribe: «La instrucción pública es el fundamento de la civilización: ha florecido bajo la protección de todos los gobiernos que han velado por el bienestar del pueblo». Mas cuando la institución se cierra por culpa del intransigente obispo Linares, Berthelot apostilla: «A partir de ese día perdí toda esperanza respecto al progreso del país». A pesar de ello, la fundación de aquel centro de enseñanza había conseguido para Berthelot el afecto y gratitud de todos los vecinos de La Villa, sin distinción de clases.

Liberado de las obligaciones que la docencia le exigía, vuelve el joven naturalista a tomar contacto con la geografía de la isla y a herborizar intensamente. Durante algún tiempo, por encargo del Marqués de Villanueva del Prado, se ocupó de dirigir el Jardín Botánico.

## 7

No se le escapó a Berthelot el factor topográfico como determinante de la existencia de dos villas, lo mismo en lo urbano que en el aspecto socioantropológico. En el barrio de la Concepción (Villa de Abajo), junto a la clase social distinguida y económicamente fuerte, viven los frailes y las monjas de las distintas órdenes religiosas. En el del Farrobo, el estamento llano, artesano y trabajador. Ante la modestia del templo de San Juan, parroquia de la Villa de Arriba, se levanta en la Villa de Abajo el suntuoso templo de la Concepción. Cuenta entonces La Orotava entre siete y ocho mil habitantes. En lo social, Berthelot advierte una triple estratificación: en el nivel inferior, viñateros, medianeros y artesanos, estos últimos en número de cincuenta. En el nivel medio, las profesiones liberales, abogados, procuradores, notarios, y es seguro que médicos, aunque no los nombra. En este nivel incluye también al clero regular y secular. Al referirse a este nivel emplea el término *roturier* para definirlo, término que abarca un más amplio espectro semántico: en la edición de la época del Diccionario de la Academia Francesa, se distingue con *roturier* un aspecto que podríamos llamar social y otro de condición o comportamiento: en el primer caso se refiere al que no es noble,

pero tampoco plebeyo; en el segundo, al grosero en modales y conducta. Naturalmente que Berthelot lo usa en la acepción primera para fijar un determinado nivel dentro de la estratigrafía social de La Villa.

Finalmente alude a los terratenientes aristócratas, a la nobleza de linaje, de *sangre azul*, como ya se decía entonces, tiempos, sin embargo, en que tal capa social había moderado la altivez de los antiguos señores.

Para entender el comportamiento, las formas de vida de cada uno de estos niveles sociales es preciso referirse a la economía en su doble vertiente, agrícola y comercial. Un poco al margen de este análisis debemos dejar el nivel intermedio, es decir, la clase media alta: en el mismo se concentran el saber y la cultura, y su función está al servicio de la colectividad en lo que respecta a la administración, al derecho, a la salud y también al servicio religioso. El alto papel que en La Villa jugó este estamento, es fácil imaginarlo.

El Valle es en aquel tiempo un inmenso viñedo. La viña requiere unas cotas precisas que aseguren la producción y la calidad del producto. Las tierras óptimas están en manos de los poderosos terratenientes. Los más saneados ingresos se obtienen de la exportación del vino. El monopolio de la comercialización está en manos de casas inglesas en el Puerto de La Orotava. Por ahí sale el vino que se vende y se bebe en Londres con la denominación de Madeira, según observa el propio Berthelot, que era un experto en vinos. Más de una vez obsequia a sus amigos de Francia con barriletes del oloroso malvasía de Tenerife, «néctar de los dioses».

Los viñateros, como su nombre indica, son los obreros del campo dedicados exclusivamente al cultivo de la vid. Los medianeros trabajan tierras ajenas, de propiedad de los señores, tierras de seguro dedicadas a cultivos ordinarios. Ahora bien, de lo que anota Berthelot cabe deducir que, dentro de los que trabajan la tierra, hay una clase labradora, dueños de su parcela, independientes, pero que en cierto modo practican una agricultura de sustento. Lo expresa con suficiente claridad nuestro autor: el que posee su huerta, su parcela, su troje, vive de lo que cultiva. Este tipo de cultivo lo tendríamos que situar en las tierras medias/altas, es decir, las próximas y por encima del barrio del Farrobo -a ese nivel en todo el Valle-, tierras de cereales, de papas, de legumbres y de frutales. Cabe pensar en el minifundio.

Así y todo, no serían muchos los afortunados propietarios de parcelas, pues Berthelot dice que la mayor parte de los habitantes de La Villa se trasladan en invierno al Puerto para trabajar. Es cuando la viña descansa, y en La Villa no hay otra salida para el obligado paro estacional.

En aquel tiempo no cuenta La Orotava con mercados ni tiendas con escaparates. El despacho de carne en la única carnicería que existe está administrado por un regidor. Las calles están silenciosas, no hay cafés, ni periódicos.

cos, ni teatro. No cree Sabino Berthelot que se pueda llamar café a la «casa de la Manchega», donde se juega a las cartas, se picardea y pueden tomarse en verano buenos sorbetes preparados con hielo del Teide.

Para la población campesina y labradora sólo hay un establecimiento en el cual pueden proveerse de todo lo necesario, el almacén de «el Beato». Las mercaderías en general y el pescado las traían vendedoras desde el Puerto o arrieros desde Santa Cruz.

Precisamente es al vecino Puerto donde acude la clase pudiente para renovar el guardarropa, estar a la moda de Europa, comprarse un sombrero, visitar al zapatero o al sastre para hacerse zapatos o trajes a la medida. Es en el barrio de la Concepción donde se adoptan y copian esas corrientes europeas. En el del Farrobo se es más fiel a la tradición, que no suele sufrir grandes sobresaltos. En el barrio de la Concepción, en las mansiones de los pudientes se combate el aburrimiento y la monotonía con frecuentes saraos y reuniones de salón. En el Farrobo, la mayor y mejor diversión era cantar y bailar las cosas del pueblo. Como dato que lo confirma cuenta Berthelot que cuando pasó por Tenerife Dumont d'Urville en su viaje alrededor del mundo, le acompañaban los naturalistas Quoy y Gaimard. Subieron al Teide, y de regreso, al pasar por el Farrobo se encontraron con que los vecinos celebraban un baile popular. Fatigados de la excursión, D'Urville y Quoy marcharon a su residencia, pero Gaimard, como si viniera de dar un paseo, no quiso perderse la fiesta, y en el Farrobo se quedó bailando hasta bien entrada la noche.

Nombra S. Berthelot a los *neveros* de La Villa, aquellos arrieros que ascendían al Pico para cargar nieve sólida o hielo de la Cueva del Hielo. Cambiaban de bestias al bajar del Teide y desde La Orotava proseguían la marcha hacia Santa Cruz para que en los saraos y fiestas pudieran saborearse deliciosos helados. Pocos trabajos tan duros y que exigieran una mayor fortaleza física como el llevado a cabo por aquellos arrieros: de La Villa al Teide, del Teide a La Villa y, sin darse descanso alguno, de La Villa a Santa Cruz para regresar a su punto de partida con las mulas cargadas de mercaderías.

Otra actividad a la que se dedicaría algún vecino de La Villa sería la de *orchillero*, ese arriesgado oficio de recoger orchilla, colgados de una cuerda, en los altos acantilados y quebrados barrancos. Conocemos a Manuel el Orchillero, que descubre una momia guanche para Berthelot. La momia está muy deteriorada, más bien mutilada, por lo que Berthelot la desecha y se la cede a Manuel, quien la vende en La Orotava a un extranjero. Años después, encontrándose Berthelot en Suiza, descubre la momia en un gabinete de historia natural de Ginebra. Había sido donada por el comerciante suizo que se la compró a Manuel. La historia de la momia viajera se la confirmó a

cos, ni teatro. No cree Sabino Berthelot que se pueda llamar café a la «casa de la Manchega», donde se juega a las cartas, se picardea y pueden tomarse en verano buenos sorbetes preparados con hielo del Teide.

Para la población campesina y labradora sólo hay un establecimiento en el cual pueden proveerse de todo lo necesario, el almacén de «el Beato». Las mercaderías en general y el pescado las traían vendedoras desde el Puerto o arrieros desde Santa Cruz.

Precisamente es al vecino Puerto donde acude la clase pudiente para renovar el guardarropa, estar a la moda de Europa, comprarse un sombrero, visitar al zapatero o al sastre para hacerse zapatos o trajes a la medida. Es en el barrio de la Concepción donde se adoptan y copian esas corrientes europeas. En el del Farrobo se es más fiel a la tradición, que no suele sufrir grandes sobresaltos. En el barrio de la Concepción, en las mansiones de los pudientes se combate el aburrimiento y la monotonía con frecuentes saraos y reuniones de salón. En el Farrobo, la mayor y mejor diversión era cantar y bailar las cosas del pueblo. Como dato que lo confirma cuenta Berthelot que cuando pasó por Tenerife Dumont d'Urville en su viaje alrededor del mundo, le acompañaban los naturalistas Quoy y Gaimard. Subieron al Teide, y de regreso, al pasar por el Farrobo se encontraron con que los vecinos celebraban un baile popular. Fatigados de la excursión, D'Urville y Quoy marcharon a su residencia, pero Gaimard, como si viniera de dar un paseo, no quiso perderse la fiesta, y en el Farrobo se quedó bailando hasta bien entrada la noche.

Nombra S. Berthelot a los *neveros* de La Villa, aquellos arrieros que ascendían al Pico para cargar nieve sólida o hielo de la Cueva del Hielo. Cambiaban de bestias al bajar del Teide y desde La Orotava proseguían la marcha hacia Santa Cruz para que en los saraos y fiestas pudieran saborearse deliciosos helados. Pocos trabajos tan duros y que exigieran una mayor fortaleza física como el llevado a cabo por aquellos arrieros: de La Villa al Teide, del Teide a La Villa y, sin darse descanso alguno, de La Villa a Santa Cruz para regresar a su punto de partida con las mulas cargadas de mercaderías.

Otra actividad a la que se dedicaría algún vecino de La Villa sería la de *orchillero*, ese arriesgado oficio de recoger orchilla, colgados de una cuerda, en los altos acantilados y quebrados barrancos. Conocemos a Manuel el Orchillero, que descubre una momia guanche para Berthelot. La momia está muy deteriorada, más bien mutilada, por lo que Berthelot la desecha y se la cede a Manuel, quien la vende en La Orotava a un extranjero. Años después, encontrándose Berthelot en Suiza, descubre la momia en un gabinete de historia natural de Ginebra. Había sido donada por el comerciante suizo que se la compró a Manuel. La historia de la momia viajera se la confirmó a

Berthelot el naturalista Decandolle, una tarde, mientras paseaban por las orillas del lago.

8

Para Berthelot la actividad epistolar podría decirse que, además de entenderla como un acto social, es una necesidad y, al propio tiempo un ejercicio intelectual. De esta forma cultiva y sostiene amistades, está al tanto de las novedades científicas, hace incursiones al mundo de la literatura o del arte o bien juega donosamente con cuestiones personales y domésticas. En su correspondencia es frecuente encontrar copiosas referencias sobre las islas y sobre personas tanto de dentro como de fuera, con informaciones de muchos valor.

También La Villa está presente en la correspondencia de Berthelot. Vamos a detenernos en dos cartas. Una va dirigida a Karl Bolle, naturalista alemán residente en Berlín. Otra, a Charles Caffin, que reside, no sabemos si permanentemente o de forma ocasional, en La Orotava. La carta a Karl Bolle está fechada en 1853, cuando Berthelot anda rondando los sesenta años y han pasado más de treinta desde su llegada a la isla. Conserva muy buenos amigos en La Villa, aunque por entonces no suele frecuentarla mucho.

Ese año, 1853, acude a La Orotava para gozar de la fiesta de San Isidro Labrador. Su condición de despierto etnógrafo le lleva a asociar tan sonada celebración con la fiesta del equinoccio de primavera, cuando el mundo se alegra con el despertar de la naturaleza y se abren, como flores, los ritos de remota raíz pagana: «La fiesta se celebra en la más hermosa estación del año —escribe a su amigo— y en uno de los más bellos lugares del mundo». Hace un tiempo espléndido y el campo se alfombra de dilatados verdes y del delirante colorido de sus flores.

Reciben a Berthelot en casa don Don Lorenzo Machado, su gran amigo de los primeros tiempos. La señora, Doña Magdalena, simpática y obsequiosa, se conserva muy bien. Están presentes los hijos del matrimonio, mozos y jovencitas a cuyos abuelos había conocido y tratado en su juventud Berthelot. En casa de Don Lorenzo se siente muy a gusto, como en la suya propia. Lo agasajan finamente. Lo obsequian con una cena que ha impresionado al invitado. Después de la cena, puntualiza Berthelot, la velada se prolongó pasada la media noche. La mesa estaba llena de manjares y golosinas con las que Doña Magdalena atendía muy finamente al francés cortés y agradecido.

Cuando éste se lo cuenta a su amigo berlinés le dice: «Créalo, querido amigo, pocas comidas como ésta he hecho en Europa: es un placer que no se

Berthelot el naturalista Decandolle, una tarde, mientras paseaban por las orillas del lago.

8

Para Berthelot la actividad epistolar podría decirse que, además de entenderla como un acto social, es una necesidad y, al propio tiempo un ejercicio intelectual. De esta forma cultiva y sostiene amistades, está al tanto de las novedades científicas, hace incursiones al mundo de la literatura o del arte o bien juega donosamente con cuestiones personales y domésticas. En su correspondencia es frecuente encontrar copiosas referencias sobre las islas y sobre personas tanto de dentro como de fuera, con informaciones de muchos valor.

También La Villa está presente en la correspondencia de Berthelot. Vamos a detenernos en dos cartas. Una va dirigida a Karl Bolle, naturalista alemán residente en Berlín. Otra, a Charles Caffin, que reside, no sabemos si permanentemente o de forma ocasional, en La Orotava. La carta a Karl Bolle está fechada en 1853, cuando Berthelot anda rondando los sesenta años y han pasado más de treinta desde su llegada a la isla. Conserva muy buenos amigos en La Villa, aunque por entonces no suele frecuentarla mucho.

Ese año, 1853, acude a La Orotava para gozar de la fiesta de San Isidro Labrador. Su condición de despierto etnógrafo le lleva a asociar tan sonada celebración con la fiesta del equinoccio de primavera, cuando el mundo se alegra con el despertar de la naturaleza y se abren, como flores, los ritos de remota raíz pagana: «La fiesta se celebra en la más hermosa estación del año —escribe a su amigo— y en uno de los más bellos lugares del mundo». Hace un tiempo espléndido y el campo se alfombra de dilatados verdes y del delirante colorido de sus flores.

Reciben a Berthelot en casa don Don Lorenzo Machado, su gran amigo de los primeros tiempos. La señora, Doña Magdalena, simpática y obsequiosa, se conserva muy bien. Están presentes los hijos del matrimonio, mozos y jovencitas a cuyos abuelos había conocido y tratado en su juventud Berthelot. En casa de Don Lorenzo se siente muy a gusto, como en la suya propia. Lo agasajan finamente. Lo obsequian con una cena que ha impresionado al invitado. Después de la cena, puntualiza Berthelot, la velada se prolongó pasada la media noche. La mesa estaba llena de manjares y golosinas con las que Doña Magdalena atendía muy finamente al francés cortés y agradecido.

Cuando éste se lo cuenta a su amigo berlinés le dice: «Créalo, querido amigo, pocas comidas como ésta he hecho en Europa: es un placer que no se

puede disfrutar más que en un país como éste, cuyas gentes del interior conservan todavía las costumbres y los hábitos hospitalarios que se están perdiendo en las ciudades de la costa». (Para Berthelot las ciudades de la costa eran Santa Cruz y el Puerto de la Cruz, Puerto de la Orotava).

El viajero había hecho su entrada en La Villa acompañado de parrandas y grupos de campesinos llegados de todos los rincones del Valle. Encontró La Villa engalanada con guirnaldas, banderas y arcos de ramas. Uno, sobre todo, llamó su atención por estar confeccionado solamente con espigas, las doradas espigas de aquel trigo de grano robusto que se nutría de las fértiles tierras de las medianías del Valle.

El aire está saturado de una penetrante fragancia de flores frescas. De campos, laderas y montes ha llegado a La Villa una espléndida dádiva vegetal, sobre todo de las más bellas lauráceas canarias. El piso de la ermita donde se venera el Santo aparecía cubierto de flores y ramas recién deshojadas. Las calles, alfombradas por la más rica variedad de especies: el esponjoso codeso de las cumbres, con sus panículos de flores doradas, la retama de Las Cañadas, la cineraria en flor, el arrebol o tajinaste, el suave tono malva de la jibalbera de los caminos: «Para qué voy a hablarle de todo cuanto alfombraba el suelo, y que nosotros hollábamos». Momento y lugar que permitían hacer la más sorprendente e impensada herborización.

Nada se le escapa a este observador sensible y atento. Viejas vivencias y recientes impresiones le confirman el modo en que La Villa conserva sin deterioro sus más genuinas expresiones a través del tiempo. Dice el naturalista que la fiesta de San Isidro Labrador es una feliz mezcla de sencillez, procedente de la más pura raíz popular, y de lujo y señorío. Juntos aparecen los elegantes atuendos con los trajes campesinos, todo lo cual contribuye no sólo a darle lustre a la fiesta, sino que le comunica una suerte de equilibrio y compostura con los que tan bien se avienen alegría y auténtica solemnidad.

Nunca perdió La Villa ese rasgo noble y antiguo, y aún hoy, cuando a la secular fiesta se la quiere llamar romería, la gente forastera queda atrapada en la magia de un espectáculo enhebrado en el lienzo del tiempo con el mismo hilo de oro de ayer y de siempre.

El mejor sitio para contemplar el desfile festero es la explanada situada frente al convento de San Agustín, en tiempos de Berthelot el más hermoso mirador del Valle. Y ése es el lugar elegido por el sensible visitante para disfrutar, en toda su plenitud, de aquel ritual henchido de júbilo sereno, como corresponde a todo acto gratificador por las bondades recibidas de una madre tierra fecunda y generosa. Así lo ha de ver Berthelot, y cuando después de tres días de fiesta en La Orotava regresa a Santa Cruz y le escribe a Karl Bolle, le cuenta que todavía está bajo los efectos turbadores de la fiesta de

El destinatario de otra carta que escribe cinco años después, en 1858, es Charles Caffin. Nada sabemos de este personaje, sólo que se encuentra en La Orotava, que parece ser buen amigo de Berthelot y que de algún modo está relacionado con la distinguida sociedad de La Villa. La carta trata de los amores de un joven diplomático con una frágil, agraciada y, por todas las señas, aristocrática damita orotavense. Ignoramos los nombres del apasionado diplomático y de la damita en cuestión. Por la carta de Berthelot a Caffin se deduce que es una muchacha huérfana y que en los negocios de la posible boda andan ocupados los abuelos. Pero tampoco conocemos a los abuelos.

El joven diplomático quiere darle prisa al trámite de los esponsales, y Berthelot sugiere a Caffin que procure moderar los ímpetus del apasionado joven y le aconseje calma, ya que una plaza cercada –le dice–, antes de ser asaltada debe ser advertida con los apercibimientos de rigor. El enamorado quiere casarse y llevarse a su esposa nada menos que a Sierra Leona, país inhóspito si los hay. Inglaterra –recuerda Berthelot– ha consumido allí más de treinta gobernadores, lo que no deja de ser un oneroso dispendio: «Así, la frágil muchacha, tan graciosa, tan gentil, una vez en aquel tórrido país, habrá dicho adiós a los frescos aires que traen perfumes de retama, esas hermosas retamas blancas de las altas regiones de la isla; habrá dicho adiós al dulce canto del capitore, esa bella curruca que por las mañanas y al atardecer se deja oír en el Valle; se acabaron los paseos por el jardín donde florecen las camelias, y se acabarán para ella los tiernos afectos, las delicadas galante-rías».

La visión romántica que Berthelot tiene del Valle y lo que en La Villa ha descubierto de sosegado, tierno y mollar, es lo que el naturalista encuentra personificado en la damisela orotavense.

No sabemos si la boda llegaría a celebrarse, pues de haber ocurrido nos apenaría saber que en la lejana y caliente Sierra Leona acabó marchitándose, lejos de sus camelias y de sus aires embalsamados, la delicada muchacha de La Villa. En manos de cuidadosos investigadores, que los hay, hemos de dejar la identificación de los personajes y el esclarecimiento de esta historia de amor.

Acertó Berthelot a fijar para la posteridad la vida y el ambiente natural y social de La Villa entre el primero y el último tercio del siglo XIX. Aquella impresión de *rus in urbe* que La Villa le produjo en su primera entrada y cuya imagen conservó para siempre, es una Villa detenida en el tiempo, y gracias a tan singular cronista, hoy la vemos como una pálida litografía. Pero las impresiones de Berthelot nos invitan a que nos preguntemos qué cosas quedan y cuáles se desvanecieron en los recodos de un siglo. Para que las preguntas no parezcan tan desmesuradas, podríamos circunscribirlas a un espacio temporal más limitado, más cercano y concreto. Para ello podríamos situarnos en La Villa de los años veinte. La cronología personal me permite y en cierto modo me autoriza a hacerlo, y si lo hago, un inevitable sentimiento de melancolía predomina sobre cualquier otro, una racha nostálgica que despierta días lejanos, vividos, acaso no del todo felices, pero nutridos por afanes y esperanzas que si no dieron lo deseado, sirvieron por lo menos para mantenerse en vilo. La pregunta podría quedar formulada así: ¿Qué cosas permanecían en La Villa y cuáles se habían perdido entre el año sesenta del pasado siglo y los años veinte del presente? Sólo habían transcurrido unos sesenta años, pocos, si bien se mira, dados los pausados andares de La Villa.

Veamos. Igual que en tiempos de Berthelot, uno se sentaba en el banco corrido o en el muro de La Alameda, y veía las torres de las iglesias, las viejas casonas con sus solanas o balconadas de tea, el oscurecido bermellón de tantos tejados abarcados a vista de pájaro. Y sin que nada se lo impidiera, igual podían los ojos pararse en las laderas de Tigayga, hacia el poniente, como en las que por el naciente se doraban en otoño. Y por el sur, las altivas montañas, y por el norte, la caprichosa costa y el mar.

Era todavía un armonioso conjunto de campo y ciudad, porque el campo se entraba, limpio y jugoso, por las calles, tonificándolas con un salutífero olor a tierra. El murmullo del agua seguía poniendo su nota bullidora, su agitado latido por canales soterrados. El agua era una agradable compañía por la Calle del Agua, donde el sostenido rumor turbaba los sentidos y hacia que el transeúnte, acaso el único y momentáneo transeúnte de un crepúsculo cualquiera, no sucumbiese a la certeza de su propia soledad. Sí, gran compañera al agua.

Desde los bancos de La Alameda, mirando a la montaña, había un altozado cubierto de una vegetación en parte silvestre y en parte cultivada. En la cima, una rústica vivienda habitada por unos personajes humildes y anónimos a los que se veía bajar o subir por la senda ceñida al borde de un ba-

rtranquillo con zarzas y florido tusilago. Siempre me pareció aquel lugar como el último y heroico esfuerzo del campo para adentrarse en el corazón de La Villa. Sobre aquel entonces intocado altozano se alza hoy este soberbio edificio donde ahora estamos reunidos y desde el que el recuerdo se pierde en un laberinto de zarzas salvajes y de tusilagos en flor.

Al otro lado de cualquier blanco tapial prosperaban entonces, y aún hoy se conservan, jardines recónditos, como inalcanzables, más para adivinarlos que para abarcarlos en gozosa visión. Se sabía que estaban allí porque espesas enredaderas o viciosas trepadoras se desbordaban por encima de los muros. A veces era la sencillez mínima y turbadora de los jazmines, la exótica estridencia de las buganvillas o el verde brillante de la yedra, siempre piadosa con las viejas y ruinosas paredes. Había también como una ilusión de soto frondoso y húmedo, con altos árboles, donde algunos jardines se perdían. Y desde aquel remanso vegetal ascendían voces de niños, de niños desconocidos, de niños que tenían jardines donde jugar y a los que el crepúsculo sorprendía entonando una antigua canción de corro.

Las carnosas y femeninas camelias se abrían al otro lado de cualquier enrejado de forja. Y, como vegetales reliquias, sobrevivían los recortados arrayanes que evocaban jardines franceses, cultura francesa traída por gentes educadas a la francesa, que hablaban francés y habían viajado por Francia.

Pocas veces se ha hablado del denso silencio de La Villa, del solemne silencio apenas turbado por los pasos de un viandante solitario, por los cascos de una caballería, por la nota de un piano donde una señorita estudiaba su lección. Hablar del silencio de La Villa obliga a nombrar aquellas cosas que lo trastornaban: el rítmico martillar del herrero sobre un yunque que sonaba como campana recién fundida, el inconfundible rumor del taller de carpinteros y ebanistas —que La Orotava siempre los tuvo expertos y finos—, aquellos toques de oración de las campanas de la Concepción, de Santo Domingo y de San Juan; hora abatida y solemne, con el sol tumbado sobre el horizonte. Pero sobre todo, la alegría del agua precipitándose por canales/arterias de tea y atarjeas/venas subterráneas, un agua laboriosa en la Villa de Arriba, un agua solamente alegradora y de paso en la Villa de Abajo. El agua que hacía girar las muelas del gofio y de la harina; olor a gofio, inconfundible aroma calles abajo; fina harina para el buen pan elaborado en la Villa de Arriba y que en grandes canastas sobre dóciles burros traían las panaderas a la Villa de Abajo. Sin olvidar las morenas y sabrosas tortas de acemite. Berthelot habló más de una vez del gofio, y aunque no habló del pan, saborearía el mismo que elaboraron los abuelos de los panaderos que nosotros conocimos. Recuerdo bien una de aquellas panaderías: el horno se caldeaba con buena leña de brezo y de haya, y a humo de brezo y de haya olía

la panadería, y a semilla de hinojo y a corteza de pan caliente.

En aquellos años todavía rodaba por las calles de La Villa el coche de caballos de aquellas viejas y curiosas y envaradas y graciosas señoritas de Castro, que iban a la Rambla de Castro y venían de la Rambla de Castro, rincón al que Berthelot dedicó una bella página. Aquellas adorables señoritas, entre revuelos y melindres, con anacrónicos vestidos y raros peinados, seguían sumergidas en el siglo XIX, y su coche, la mejor señal y el mejor conservado artefacto para recordarlo, y el cochero, un robusto y maduro campesino doblado de auriga.

Resonaban en el empedrado los cascos del caballo de un terrateniente que vivía en la Calle de la Hoya y que nunca empleaba otro medio de transporte para visitar sus propiedades, en especial sus fincas de plataneras. Puedo recordarlo con su sombrero de ala ancha, chaqueta blanca, pantalón de montar y polainas y leontina cruzada en el chaleco. Llamativa figura la de aquel terrateniente de la Calle de la Hoya, impensando personaje como recién llegado de una remota y olvidada colonia.

Sesenta años después de la visita de Berthelot vivía en La Villa un Don Lorenzo Machado, acaso hijo del que conoció el naturalista; por las señas que del buen orotavense tenemos, sabemos que no negaba progenie ni casta, porque era caballero de mucha finura y exquisito trato.

Por fortuna, todavía quedaban personas y cosas, una sociedad bien definida y una naturaleza no castigada. Y lo que es muy importante, una tradición que el villero supo cuidar celosamente. No pudo ser casual el sincronismo de la fiesta de San Isidro Labrador con el delirio floral de las alfombras. Si bien se mira, fue un hermanamiento entre la silvestre hermosura del campo y la ceremoniosa compostura de la ciudad. Entre el aparente desorden vegetal que Berthelot admiró y holló, y el arte y el geometrismo y la fantástica creación de las alfombras de hoy, hay un importante paréntesis en la historia del alfombrismo, un paréntesis que se abre con brezo y con brezo se cierra, un brezo que al cortarlo en las máquinas de cortar forraje fresco, llenaba el aire de fragancia. Pasarán los tiempos y se puede estar seguro que las mañanas de las alfombras estarán siempre saturadas de olor a brezo.

A San Isidro Labrador se le hacía una procesión iluminada con luces de bengalas; a San Isidro Labrador lo acompañaban campesinos portadores de largas varas, de agujadas ferradas y con adorno de cintas multicolores y clavos dorados. Y todo ocurría en el profundo y tibio crepúsculo del equinoccio de primavera.

Las expresiones auténticas de un pueblo ni se pierden ni mueren. Por eso, entre tantas cosas perdidas, persiste en la fiesta la medida y el señorío que sorprendió a Berthelot y aún sorprende, sobre todo al visitante primerizo.

zo. Y si nos aventurásemos a analizar el hecho, diríamos que es la natural consecuencia del equilibrio establecido –cada uno de su signo y con su peso– entre el barrio del Farrobo y el de la Concepción, entre la Villa de Arriba y la Villa de Abajo. Sin la participación de ambas, hoy no podríamos entender ni explicar la historia de este pueblo al que tanto amó Berthelot.

*(Leído en el Liceo de Taoro, de la Villa de La Orotava, en el acto de presentación de «Primera estancia en Tenerife», el día 21 de Noviembre de 1980).*

## INDICE

El autor confiesa .....	5
En el centenario de la muerte de Sabino Berthelot .....	7
Carnaval de Santa Cruz/1820 .....	13
La fiesta de Candelaria/1825 .....	19
La fiesta de San Pedro de Güímar/1827 .....	25
Personajes, andanzas y aventuras .....	31
Encuentro con Sabino Berthelot en la Villa de La Orotava .....	39

